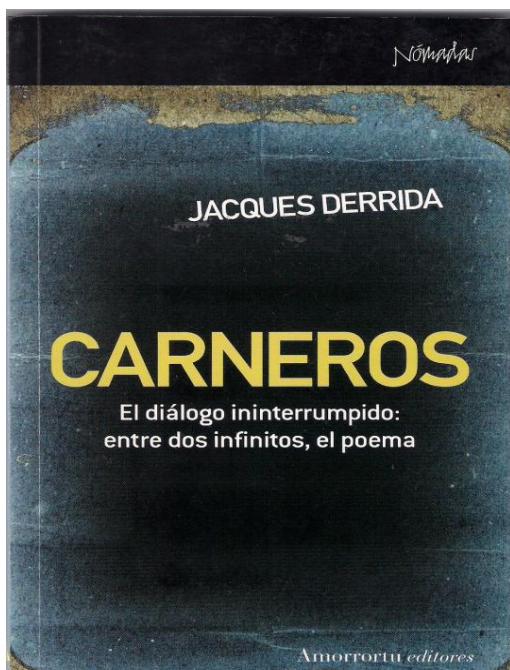


## Comentario de libros



### *Carneros. El diálogo ininterrumpido: entre dos infinitos, el poema*

*Autor: Jacques Derrida*

*Amorrortu. Buenos Aires,  
2009.*

*76 pags.*

Dr. Hernán Villarino

Hace algunos años atrás, Gadamer, escribió un texto analizando e interpretando la hermética y particularmente difícil poesía de Paul Celán. En el presente libro, Derrida, a través de un poema de Celán, recuerda a Gadamer, el sentido de la amistad que los unió, la ausencia del otro que ha muerto, la interrupción del diálogo que mantuvieron y su continuación de otra manera más allá de la muerte, aunque con ella y a través de ella.

Para Heidegger ser es ser-en-el-mundo. Pero, ¿qué ocurre cuando ya no hay mundo, es decir, con la muerte? Al sobreviviente, dice Derrida, le toca responsabilizarse del otro, no dejarlo en la nada de los que no tienen mundo. No se trata de llevarlo en el recuerdo, es decir, de meramente recordarlo, si no de portarlo vivo en la continuación del diálogo que la muerte interrumpe sin interrumpir. Y no se trata de un mero gusto

sensible, o sensiblero, sino de un deber ético. No debemos asociarnos con la tarea que emprende la muerte; sobre todo no debemos asociarnos con los que matan la carne, o el espíritu o cualquiera sea la forma del olvido que protagonicen.

En el poema de Celán, que interpreta Derrida, se menciona un carnero. Este animal, simbólico por excelencia, tiene, entre otros, dos significados fundamentales. El primero es el del coraje y la fuerza (la cornamenta del carnero es temible, y su acometividad proverbial). Pero también es un animal sacrificial, y seguramente lo es porque encarna tanto la inocencia de la fuerza como la fuerza de la inocencia. En la historia de Abraham, cuando ya levanta el cuchillo para sacrificar a Isaac, Dios lo detiene y le brinda un carnero para que lo culmine.

El tema del chivo expiatorio, en nuestra época, ha sido amplia y originalmente estudiado por Girard. No podemos comentar aquí sus grandiosos trabajos, pero también en ellos se explora las relaciones de los vivos con los muertos, y su influencia tanto sobre la intimidad personal como sobre las formas políticas que se dan las distintas sociedades. En este sentido, el pueblo para el que este asunto ha estado más vivo de una forma histórica continuada es quizá el chino, con su invariable e ininterrumpida convivencia, piedad y reconocimiento de los antepasados. Chesterton decía que la democracia perfecta debiera incluir el voto de los muertos; el accidente de morir no debe privar de voz a todos aquellos que vivieron y pensaron, y que por una mera contingencia no están hoy entre nosotros.

Dentro de estas distintas perspectivas con que se han considerado las relaciones de los vivos y los muertos, y con ello del sentido de la tradición, una de las páginas más bellas y conmovedoras del escrito es la descripción de la forma como, propiamente, la han experimentado los judíos, pueblo tantas veces usado como chivo expiatorio. *En el libro de la vida*, dice Derrida, *entre dos fechas destinales, el Año nuevo y el Día del Gran Perdón, de una hora a la otra, la escritura de Dios puede llevar a unos y no llevar a los otros. Cada judío se siente entonces al borde de todo, al borde del todo, entre la vida y la muerte, como entre el renacimiento y el fin, entre el mundo y el fin del mundo, esto es, el anonadamiento enlutado del otro o de sí mismo.*

El texto es una gran oportunidad para entrar por la vía de la intimidad en el pensamiento del filósofo Derrida, y con ello, en una de las filosofías más elaboradas y complejas del posmodernismo.